

JAMES DASHNER

EL DESTELLO

Traducción del inglés

Noemí Risco Mateo

 NOCTURNA
EDICIONES

Madrid, 2014

Título original inglés: *The Kill Order*

© de la obra: James Dashner, 2012

Publicado en 2012 por primera vez en Estados Unidos por Delacorte,
un sello de Random House

© de la traducción: Noemí Risco Mateo, 2014

© de la presente edición: Nocturna Ediciones, S.L.
c/ Corazón de María, 39, 8.º C, esc. dcha. 28002 Madrid
info@nocturnaediciones.es
www.nocturnaediciones.es

Primera edición en Nocturna Ediciones: noviembre de 2014

Segunda edición: enero de 2015

Primera corrección externa: Paula González-Laganá

Segunda corrección externa: Juana Salabert

Preimpresión: PARIMPAR, S.L.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Imprenta Kadmos, S.C.L.

Código BIC: YFB

ISBN: 978-84-942862-1-6

Depósito Legal: M-28355-2014

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

*Para Kathy Egan.
Te echo mucho de menos.*

PRÓLOGO

Teresa miró a su mejor amigo y se preguntó cómo sería olvidarlo.

Le parecía imposible, aunque ya había visto el Golpe implantado en muchos chicos antes que en Thomas. Aquel pelo castaño rojizo, esos ojos penetrantes y la constante mirada de reflexión... ¿Cómo iba a resultarle desconocido aquel chaval? ¿Cómo podrían estar en la misma habitación y no bromear sobre algún olor o algún bobo holgazán que tuvieran al lado? ¿Cómo podría estar delante de él y no aprovechar la oportunidad de comunicarse telepáticamente?

Imposible.

Y, sin embargo, sólo faltaba un día.

Para ella. Para Thomas era sólo cuestión de minutos. Estaba tumbado sobre la mesa de operaciones, con los ojos cerrados; su pecho subía y bajaba por la respiración suave y regular. Ya vestido con el uniforme requerido del Claro, unos pantalones cortos y una camiseta, parecía salido de una fotografía del pasado: un muchacho corriente, echándose la siesta después de un largo día en un colegio normal antes de que las erupciones solares y la enfermedad volvieran el mundo cualquier cosa menos normal. Antes de que la muerte y la

destrucción obligaran a secuestrar niños y robar sus recuerdos para enviarlos a un lugar tan aterrador como el Laberinto. Antes de que los cerebros humanos se considerasen letales y tuvieran que ser estudiados. Todo en nombre de la ciencia y la medicina.

Un doctor y una enfermera habían estado preparando a Thomas y ahora bajaban la máscara hacia su cara. Se oyeron chasquidos, silbidos y pitidos; Teresa observó cómo el metal, los cables y los tubos de plástico se deslizaban por su piel y sus canales auditivos mientras las manos se movían reflexivamente a los costados. Lo más probable era que sintiese algún tipo de dolor a pesar de los fármacos, pero nunca lo recordaría. La máquina comenzó su trabajo: arrancar imágenes de la memoria de Thomas. Borraría a su madre, a su padre, su vida. La borraría a ella. Una pequeña parte de la chica sabía que aquello debería molestarle. Le entrarían ganas de gritar y se negaría a ayudar unos segundos más. Pero casi todo su ser se mantenía tan firme como una roca de los acantilados del exterior. Sí, la mayor parte de su interior estaba tan atrincherada en la certeza que sabía que lo sentiría incluso después del día siguiente, cuando le hicieran lo mismo a ella. Teresa y Thomas estaban demostrando su convicción al someterse a lo que les habían pedido a los demás. Y si morían, que así fuera. CRUEL encontraría la cura, se salvarían millones de personas y la vida en la Tierra volvería algún día a la normalidad. Teresa en el fondo lo sabía, así como que los humanos envejecen y las hojas caen de los árboles en otoño.

Thomas inspiró profundamente, después emitió un leve quejido y se movió. Teresa pensó por un horroroso segundo que se despertaría histérico por la agonía; aquellas cosas que tenía dentro estarían haciendo quién sabe qué en su cerebro. Pero se tranquilizó y recuperó la respiración, suave y natural. Los chasquidos y silbidos continuaron mientras los recuerdos de su mejor amigo se desvanecían como ecos.

Se habían despedido oficialmente y las palabras «hasta mañana» todavía resonaban en su cabeza. Por algún motivo le habían afectado mucho cuando Thomas las pronunció; hacían que lo que estaba a punto de suceder fuera más triste y absurdo. Se verían al día siguiente, aunque Teresa estaría en coma y él no tendría ni la más remota idea de quién era ella, salvo quizá por una cierta sensación de familiaridad. Mañana. Después de todo lo que habían pasado, el miedo, el entrenamiento y los planes, llegaban al final. Lo mismo que les habían hecho a Alby, Newt, Minho y al resto se lo harían a ellos. No había vuelta atrás.

Pero la calma era como una droga en su interior. Estaba tranquila; aquella emoción relajante mantenía a raya el miedo por otras cosas, como los laceradores o los raros. CRUEL no tenía más remedio. Thomas y ella no tenían más remedio. ¿Cómo podía rehusar sacrificar a unos pocos para salvar a la mayoría? ¿Cómo iba a hacerlo nadie? No tenía tiempo de sentir lástima, tristeza o deseos. Era lo que era; lo hecho, hecho estaba y sería... lo que fuese.

No había vuelta atrás. Thomas y ella ayudaron a construir el Laberinto; al mismo tiempo, Teresa se esforzó mucho por erigir un muro que contuviera sus emociones.

Entonces sus pensamientos se desvanecieron, parecieron flotar en hibernación mientras esperaba a que el proceso de Thomas se completara. Cuando por fin terminó, el doctor pulsó varios botones de una pantalla y los pitidos, silbidos y chasquidos se aceleraron. El cuerpo de Thomas se sacudió ligeramente cuando los tubos y cables se alejaron serpenteando de sus indiscretas posiciones para volver a la máscara. Se calmó otra vez, la máscara se apagó y cesó todo ruido y movimiento. La enfermera se inclinó hacia delante para quitársela a Thomas de la cara. Tenía la piel roja y mostraba marcas allí donde se había apoyado. Sus ojos permanecían cerrados.

Durante un breve instante, el muro de Teresa contra la tristeza comenzó a desmoronarse. Si Thomas despertara justo en aquel momento, no la recordaría. Notó el terror, casi pánico, al saber que pronto se encontrarían en el Claro y no se reconocerían. Era una idea demoledora que le recordaba vívidamente por qué había construido el muro. Como un albañil que coloca un ladrillo sobre la endurecida argamasa, selló la brecha. La cerró para conseguir un muro firme y grueso.

No había marcha atrás.

Vinieron dos hombres de seguridad para desplazar a Thomas y lo levantaron de la cama como si estuviera relleno de paja. Uno de ellos

sostenía al chico inconsciente por los brazos; el otro, por los pies, y lo colocaron en una camilla. Ni siquiera miraron a Teresa, se dirigieron directamente a la puerta de la sala de operaciones. Todos sabían adónde le llevaban. Tras haber terminado el trabajo, el médico y la enfermera se pusieron a limpiar. Teresa se despidió con un gesto de la cabeza, aunque no estaban mirándola, y siguió a los hombres. Apenas podía mirar a Thomas mientras recorrían el largo camino por los pasillos y ascensores de la sede de CRUEL. Su muro se había resquebrajado de nuevo. Thomas se hallaba muy pálido y tenía el rostro cubierto de gotas de sudor como si estuviera consciente a cierto nivel, resistiéndose a los fármacos, seguro de que le aguardaba algo terrible. Le dolía verlo así... Y le asustaba saber que ella era la siguiente. ¿Qué importaba aquel muro estúpido? De todas maneras, se lo iban a arrebatar junto con todos sus recuerdos.

Llegaron al sótano, bajo la estructura del Laberinto, y pasaron por el almacén con filas de estanterías llenas de suministros para los clarianos. Allí abajo estaba oscuro y hacía frío, y Teresa notó que se le ponía la carne de gallina en los brazos. Se estremeció y se los frotó. Thomas rebotó y se zarandó cuando la camilla pasó sobre las grietas del suelo de cemento; una expresión de terror seguía intentando romper la aparente calma de su rostro adormilado.

Llegaron al hueco del ascensor, donde se encontraba el gran cubo metálico.

La Caja.

Estaba tan sólo un par de pisos por debajo del Claro, pero se manipulaba a los chicos para que creyeran que se trataba de una subida tremendamente larga y de un viaje muy difícil, todo con el fin de estimular una serie de emociones y patrones cerebrales, desde confusión a desorientación y, al final, un terror absoluto. Un comienzo perfecto para trazar las zonas letales de Thomas. Teresa sabía que ella misma emprendería el viaje al día siguiente con una nota en la mano. Pero al menos estaría en coma y se ahorraría esa media hora de movimiento en la oscuridad.

Los dos hombres condujeron a Thomas a la Caja y se produjo un horrible chirrido del metal contra el cemento cuando uno de ellos arrastró una escalera de mano hacia un lado del cubo; luego volvió a haber unos instantes incómodos mientras subían los peldaños sujetando a Thomas. Teresa podría haber ayudado, pero se negaba, aunque su testarudez la animaba a permanecer allí y observar, apoyándose en las grietas de su muro lo máximo posible.

Tras unos cuantos gruñidos y maldiciones, los hombres dejaron a Thomas en el borde de la parte superior y colocaron el cuerpo de forma que los ojos cerrados quedaron frente a Teresa una última vez. Aunque sabía que no lo oiría, la chica le habló dentro de su mente:

Estamos haciendo lo correcto, Thomas. Nos vemos al otro lado.

Los hombres se inclinaron, bajaron a Thomas por los brazos todo lo que pudieron y dejaron caer el resto. Teresa oyó el golpe del cuer-

po al chocar contra el frío acero del suelo en el interior. Era su mejor amigo.

Se dio la vuelta y se alejó. Detrás de ella se oyó el sonido inconfundible del metal deslizándose por el metal y, después, un gran estruendo cuando las puertas de la Caja se cerraron de golpe. Sellaban el destino de Thomas, fuera cual fuese.

CAPÍTULO 1

TRECE AÑOS ANTES

Mark tembló de frío, algo que no le pasaba desde hacía mucho tiempo. Acababa de despertarse. Las primeras señales del alba se filtraban por las rendijas entre los troncos apilados que formaban la pared de su pequeña cabaña. Casi nunca usaba la manta. Se sentía orgulloso de ella —la había hecho con la piel de un alce gigantesco al que mató él mismo dos meses atrás—; cuando la utilizaba, era más por el consuelo que le ofrecía que por el calor que pudiera darle. Al fin y al cabo, vivían en un mundo devastado por el calor. Tal vez esto significaba un cambio; de hecho, notaba un poco de fresco por la brisa matutina que se colaba por las mismas rendijas. Tiró de la peluda piel hasta taparse la barbilla y se dio la vuelta para tumbarse bocarriba y dar un gran bostezo que pareció eterno.

Alec estaba aún dormido en el catre al otro lado de la cabaña —todos se encontraban a poca distancia unos de otros—, roncando de manera atronadora. El viejo era huraño, un antiguo soldado endurecido que rara vez sonreía y, cuando lo hacía, solía ser por el dolor provocado

por los gases de su estómago. Pero Alec tenía un corazón de oro. Después de más de un año juntos, luchando por sobrevivir al lado de Lana, Trina y el resto, a Mark ya no le intimidaba aquel gran oso. Para demostrarlo, recogió un zapato del suelo y se lo lanzó al hombre. Le dio en el hombro. Alec rugió y se incorporó, alerta al instante gracias a los años de entrenamiento militar.

—¿Qué...? —gritó, pero Mark le interrumpió tirándole el otro zapato, que esta vez le alcanzó el pecho—. Trocito de hígado de rata —dijo Alec con frialdad. No se había movido ni un ápice después del segundo ataque; se limitó a mirar a Mark con los ojos entrecerrados. Pero había una chispa de humor en ellos—. Será mejor que tengas un buen motivo para haber arriesgado tu vida al despertarme así.

—Huuuum... —respondió Mark, y se restregó la barbilla como si estuviera reflexionando al respecto. Después chascó los dedos—. ¡Ah, lo tengo! Más que nada, ha sido para que dejaras de emitir esos ruidos espantosos. En serio, macho, tienes que dormir de lado o algo parecido. Esa forma de roncar no puede ser sana. Un día de estos vas a atragantarte.

Alec refunfuñó y gruñó unas cuantas veces, mascullando palabras incomprensibles mientras salía del catre rápidamente y se vestía. Mark oyó algo como «ojalá no», «mejor me voy» y «año de mierda», pero no pudo descifrar mucho más. Aunque el mensaje estaba claro.

—Vamos, sargento —dijo, consciente de que le quedaban tres segundos para pasarse. Alec llevaba retirado del ejército mucho

tiempo y odiaba sobremanera que Mark se dirigiera a él de aquel modo. En la época de las erupciones solares, el departamento de Defensa lo contrató temporalmente—. No habrías llegado nunca a esta encantadora morada si no hubiera sido porque siempre te sacamos de líos. ¿Y si nos damos un abrazo y hacemos las paces?

Alec se puso la camiseta por la cabeza y luego miró a Mark. Las pobladas cejas canosas del anciano se elevaron hacia el centro como unos bichos peludos que intentaran aparearse.

—Me caes bien, chaval. Sería una lástima enterrarte a dos metros bajo tierra.

Golpeó a Mark en el lateral de la cabeza, el gesto más cercano a una muestra de afecto que el soldado había mostrado jamás.

Soldado. Puede que hubiera pasado mucho tiempo, pero a Mark le gustaba pensar en el hombre de aquella manera. Le hacía sentirse mejor, en cierto modo más seguro. Sonrió cuando Alec salió a zancadas de la cabaña para afrontar un nuevo día, y la sonrisa fue auténtica. Algo que, por fin, iba volviéndose un poco más corriente tras el año de muerte y terror que les había perseguido hasta aquel lugar en lo alto de los montes Apalaches, al oeste de Carolina del Norte. Decidió que, ocurriera lo que ocurriese, apartaría todo lo malo del pasado y disfrutaría de un buen día. Ocurriera lo que ocurriese.

Lo que significaba que debía incluir a Trina en la historia antes de que transcurrieran diez minutos. Se vistió con premura y salió a buscarla.

La encontró junto al arroyo, en uno de los lugares tranquilos adonde iba a leer los libros que habían rescatado de una vieja biblioteca con la que se toparon durante sus viajes. A aquella chica le gustaba leer más que a nadie y ahora estaba compensando los meses que había pasado corriendo para salvar la vida, cuando los libros escaseaban. Hacía tiempo que ya no existían los digitales; Mark suponía que habrían desaparecido cuando todos los ordenadores y servidores se quemaron. Trina leía los libros en papel de toda la vida.

El paseo hasta ella fue tan aleccionador como de costumbre: a cada paso disminuía su determinación de tener un buen día. Bastaba con contemplar la penosa hilera de casas en los árboles, las cabañas y los túneles subterráneos que conformaban la floreciente metrópolis en la que vivían, una amalgama de troncos, bramante y barro seco, inclinada hacia la izquierda y la derecha. No podía deambular por los caminos abarrotados de su asentamiento sin recordar los viejos tiempos en la gran ciudad, cuando la vida era suntuosa y muy prometedor; entonces todo estaba al alcance de cualquiera. Y él ni siquiera se daba cuenta.

Pasó junto a miles de personas sucias y esqueléticas que parecían al borde de la muerte. No le inspiraban mucha compasión porque, aunque detestase reconocerlo, él tenía el mismo aspecto. Había suficiente comida —la sacaban de las ruinas, la cazaban en los bosques o a veces la traían de Asheville—, pero el racionamiento era el quid de la cuestión; todo el mundo parecía comer escasamente una vez al

día. Y en el bosque no se vivía sin acabar ensuciándose en un sitio u otro, pese a la frecuencia con la que uno se bañara en el arroyo.

El cielo estaba azul con un toque de ese naranja quemado que rondaba el ambiente desde que las devastadoras erupciones solares llegaron sin previo aviso. Ya había pasado un año y, aun así, flotaba como una cortina neblinosa, destinada a recordárselo para siempre. A saber si la situación volvería algún día a ser normal. La serenidad que había sentido al despertarse ahora parecía una broma. Ya estaba sudando por la temperatura en constante aumento mientras el sol bordeaba el escaso límite forestal de las cumbres montañosas.

No todo eran malas noticias. Al alejarse de la maraña de su campamento y adentrarse en el bosque, aparecieron muchas señales prometedoras. Crecían nuevos árboles, los viejos se recuperaban, las ardillas corrían a toda velocidad entre las agujas de pino ennegrecidas y había por todas partes capullos y brotes verdes. A lo lejos distinguió algo que se asemejaba a una flor naranja. Se vio tentado a ir a cogerla para Trina, pero sabía que le regañaría hasta la muerte si se atrevía a obstaculizar el desarrollo del bosque. Quizá sí tendría un buen día, después de todo. Habían sobrevivido al peor desastre natural conocido en la historia de la humanidad y tal vez hubieran salido ya del bache.

Respiraba con dificultad por el esfuerzo de subir por la pared de la montaña cuando alcanzó el lugar al que a Trina le encantaba ir para evadirse; sobre todo por las mañanas, cuando apenas había po-

sibilidades de encontrarse a alguien allí arriba. Se detuvo a mirarla desde detrás de un árbol, consciente de que ella le habría oído acercarse, pero contento de que fingiera no haberlo hecho.

¡Era guapísima! Recostada en una enorme piedra de granito que parecía parte de la decoración de un gigante, la muchacha sostenía un libro grueso en su regazo. Pasó una página y sus ojos verdes siguieron las palabras. Llevaba una camiseta negra, unos vaqueros gastados y unas zapatillas deportivas que parecían tener cien años. El viento mecía su corto pelo rubio en una escena que representaba paz y comodidad absolutas, como si perteneciera al mundo que existió antes de que todo quedara chamuscado.

Mark siempre la había sentido suya, simplemente por la situación en que se hallaban. Casi todo el mundo que ella conocía había muerto y él sólo era un fragmento de lo que quedaba al que aferrarse, la alternativa a permanecer sola para siempre. Pero Mark representaba con gusto su papel. Hasta se consideraba afortunado. No sabía qué haría sin ella.

—Este libro estaría mucho mejor si no tuviera a un chaval espe-luznante acosándome mientras intento leer —dijo Trina sin el menor atisbo de sonrisa. Pasó una página y continuó leyendo.

—Soy yo —contestó Mark.

La mitad de lo que decía ante ella aún le sonaba estúpido. Salió de detrás del árbol.

Trina se rió y por fin alzó la vista para mirarle.

—¡Ya era hora de que llegaras! Estaba a punto de ponerme a hablar sola. Llevo leyendo desde antes del amanecer.

Mark se acercó y se dejó caer a su lado. La abrazó con fuerza y cariño, embargado por la promesa que había hecho al despertarse. Luego se retiró y la miró, sin preocuparse por la sonrisa boba que seguramente mostraba su rostro.

—¿Sabes qué?

—¿Qué? —preguntó ella.

—Hoy va a ser un día perfecto.

Trina sonrió y el agua del arroyo continuó fluyendo, como si sus palabras no significaran nada.

CAPÍTULO 2

—No he tenido un día perfecto desde que cumplí los dieciséis —dijo Trina mientras pasaba el pulgar por la esquina de la página y dejaba el libro a su lado—. Tres días más tarde, tú y yo corríamos para salvar nuestras vidas por un túnel más caliente que el sol.

—Buenos tiempos —comentó Mark mientras se acomodaba. Se recostó en la misma roca y cruzó las piernas—. Buenos tiempos.

Ella le miró de soslayo.

—¿Mi fiesta de cumpleaños o las erupciones solares?

—Ninguna de las dos cosas. En tu fiesta te gustaba aquel imbécil de John Stidham, ¿recuerdas?

La cara de Trina reflejó culpabilidad por un instante.

—Ummm, sí. Parece que fue hace tres mil años.

—Tuvo que desaparecer la mitad del mundo para que por fin te fijaras en mí —Mark sonrió, pero aquella expresión estaba desprovista de significado. La verdad era bastante deprimente, hasta para bromear, y sobre su cabeza se formaba una nube oscura—. Cambiemos de tema.

—Estoy de acuerdo —cerró los ojos y apoyó la cabeza contra la piedra—. No quiero pensar en eso ni un segundo más.

Mark hizo un gesto de asentimiento aunque ella no pudiera verle. De repente había perdido las ganas de hablar y sus planes para un día perfecto se desvanecieron en el arroyo. Los recuerdos nunca le dejarían en paz, ni siquiera media hora. Siempre volvían y arrastraban consigo el horror.

—¿Estás bien? —preguntó Trina.

Fue a cogerle de la mano, pero Mark la apartó, pues la tenía sujeta.

—Sí, estoy bien. Es que me gustaría que un día pudiéramos avanzar sin que algo nos hiciera retroceder. Sería perfectamente feliz en ese lugar si pudiéramos olvidar. La situación está mejorando, sólo tenemos que... ¡dejarlo! —casi gritó la última parte, aunque no tenía ni idea de a quién iba dirigida su furia. Tan sólo odiaba lo que tenía en la cabeza: las imágenes, los sonidos, los olores.

—Lo conseguiremos, Mark. Ya verás —Trina volvió a intentar acercar la mano y esta vez fue él quien se la tomó.

—Será mejor que regresemos ahí abajo —siempre hacía lo mismo. Cuando le asaltaban los recuerdos, se lanzaba de lleno al trabajo. Se encargaba de sus asuntos y dejaba de usar el cerebro. Era lo único que le ayudaba—. Estoy seguro de que Alec y Lana tienen cuarenta tareas para nosotros.

—Que deberán hacerse hoy —añadió Trina—. ¡Hoy! ¡O se terminará el mundo! —sonrió, lo que ayudó a que las cosas se iluminaran. Al menos, un poco.

—Luego podrás seguir leyendo ese aburrido libro.

Mark se puso de pie y tiró de ella al levantarse. Después comenzaron a bajar por el sendero de la montaña, hacia el pueblo improvisado que llamaban hogar.

El olor fue lo primero que percibió Mark. Siempre ocurría así cuando iban a la Chozza Central. Maleza podrida, carne guisada, savia de pino, todo ello mezclado con aquel olor a quemado que caracterizaba el mundo tras las erupciones solares. No era desagradable, la verdad, sólo inquietante.

De camino, pasaron entre los edificios del asentamiento, torcidos y contruidos de cualquier manera. La mayor parte de las edificaciones de aquella parte del campamento se levantó en los primeros meses, antes de que encontraran a antiguos arquitectos y contratistas para ponerlos al mando. Eran cabañas hechas con troncos, barro y agujas de pino; unos huecos simulaban ventanas y puertas con formas extrañas. En algunos sitios no había más que agujeros en el suelo, el fondo forrado con plásticos y unos cuantos troncos atados para cubrirlo cuando llovía. El paisaje no tenía nada que ver con los altísimos rascacielos y las extensiones de hormigón donde Mark había crecido.

Alec los saludó con un gruñido cuando entraron por la puerta torcida de la estructura de troncos que formaba la Chozza Central. Antes de que pudieran decir «hola», Lana se acercó a ellos caminando

con brío. Era una mujer corpulenta, de pelo negro siempre recogido en un apretado moño. Fue enfermera en el ejército y era más joven que Alec, pero mayor que los padres de Mark. Alec y ella se encontraban juntos cuando Mark los conoció en los túneles bajo la ciudad de Nueva York. Por aquel entonces, ambos trabajaban para el departamento de Defensa y Alec era su jefe. Ese día estaban de camino a una especie de reunión... Antes de que todo cambiara.

—¿Dónde os habíais metido? —preguntó Lana cuando se detuvo a pocos centímetros de la cara de Mark—. Se suponía que hoy empezaríamos al amanecer, que nos dirigiríamos al valle del sur para buscar otro emplazamiento. Una semana más con esto así de abarrotado y puede que me ponga borde.

—Buenos días —le respondió Mark—. Hoy pareces animada.

La mujer sonrió, tal como Mark se esperaba.

—A veces tiendo a ir directa al grano, ¿no? Aunque aún me queda mucho margen hasta llegar al mal humor de Alec.

—¿Del sargento? Sí, tienes razón.

En aquel momento gruñó el viejo oso.

—Perdón por llegar tarde —se disculpó Trina—. Me inventaría una buena excusa, pero la sinceridad es lo más recomendable: Mark me hizo subir al arroyo y nos... ya sabéis.

A Mark ya le sorprendían pocas cosas y no era dado a sonrojarse, pero Trina tenía el don de provocar ambas reacciones. El muchacho tartamudeó cuando Lana puso los ojos en blanco.

—Oh, ahórratelo —Lana hizo un gesto con la mano y añadió—: Id a coger algo de desayuno si no habéis comido todavía y preparémonos para marcharnos. Quiero volver dentro de una semana.

Una semana en la naturaleza, viendo cosas nuevas, respirando un poco de aire fresco... A Mark todo le sonaba fantástico y le levantaba el ánimo para sacarle de aquel agujero en el que habían caído. Se prometió mantener la mente en el presente mientras viajaban e intentar disfrutar de la excursión.

—¿Habéis visto a Darnell y al Sapo? —preguntó Trina—. ¿Qué hay de Niebla?

—¿Los Tres Títeres? —dijo Alec, seguido de una carcajada. El hombre encontraba graciosas las cosas más raras—. Al menos recuerdan el plan. Ya han comido y han ido a preparar su equipaje. Deberían volver en un periquete.

Mark y Trina estaban a mitad de camino de sus tortitas y salchichas de ciervo cuando oyeron el sonido familiar de los tres amigos que habían recogido en los túneles de Nueva York.

—¡Quítate eso de la cabeza! —exclamó una voz estridente justo antes de que un adolescente apareciera en la puerta con ropa interior a modo de sombrero sobre su pelo castaño.

Darnell. Mark estaba convencido de que aquel chaval nunca se había tomado nada en serio en toda su vida. Incluso cuando el sol intentó cocerlo vivo hacía un año, parecía dispuesto a soltar un chiste.

—¡Pero me gusta! —decía mientras entraba en la Choza—. Me ayuda a sujetarme el pelo y me protege de los elementos. ¡Dos por el precio de uno!

Una chica alta, delgada y pelirroja, algo más joven que Mark, entró detrás de él. La llamaban Niebla, pero nunca les había dicho si ese era su auténtico nombre. Miraba a Darnell con expresión de asco, pero a la vez divertida. El Sapo —bajito y rechoncho, como su apodo indicaba— entró saltando y la empujó para abrirse camino y luego arrebatarse a Darnell la ropa interior de la cabeza.

—¡Dame eso! —gritó, estirando la mano mientras saltaba.

Era el chico de diecinueve años más bajo que Mark había visto, pero robusto como un roble; todo músculo, tendones y venas. Aquello les hacía pensar a los demás que estaba bien meterse con él, porque todos sabían que, si quería, podía darles una paliza. Pero al Sapo le gustaba ser el centro de atención. Y a Darnell le gustaba hacer el memo y ser un pesado.

—¿Por qué quieres ponerte eso tan asqueroso en la cabeza? —preguntó Niebla—. Eres consciente de dónde ha estado, ¿no? Tapando las partes pudendas del Sapo.

—Ahí tienes razón —contestó Darnell, fingiendo repugnancia, justo cuando el Sapo fue capaz de arrebatarse los calzoncillos de la cabeza—. Un fallo por mi parte —se encogió de hombros—. Me pareció gracioso en el momento.

El Sapo estaba metiendo su posesión recuperada en la mochila.

—Bueno, yo me río el último. No he lavado eso al menos en dos semanas.

Comenzó a reírse con un sonido que a Mark le recordó un perro luchando por un trozo de carne. Cada vez que el Sapo soltaba una carcajada, los que estaban con él no podían evitar contagiarse y oficialmente se rompía el hielo. Mark no sabía muy bien si se reía por lo sucedido o por el sonido que emitía el Sapo, pero fuera como fuese, momentos como aquel escaseaban y no estaba nada mal reírse y ver que a Trina se le iluminaba la cara.

Hasta Alec y Lana se reían, lo que le hizo pensar a Mark que tal vez, después de todo, iba a ser un día perfecto.

Pero entonces su risa se vio interrumpida por un extraño sonido. Algo que llevaban sin oír más de un año y no habían esperado volver a oír jamás.

El sonido de unos motores en el cielo.

CAPÍTULO 3

Un ruido ensordecedor sacudió la Choza de arriba abajo. Unas ráfagas de polvo se filtraron por los troncos amontonados a toda prisa con argamasa. Un rugido sobrevoló sus cabezas. Mark se tapó los oídos hasta que el sonido se debilitó lo suficiente para que la Choza dejara de sacudirse. Para entonces, Alec ya estaba de pie y se dirigía a la puerta antes de que nadie hubiera procesado el giro de los acontecimientos. Lana salió enseguida tras él y los demás la siguieron.

Nadie pronunció palabra hasta que estuvieron todos fuera, bajo el brillante sol de justicia. Mark entrecerró los ojos y se los protegió con una mano del resplandor mientras buscaba en el cielo el origen de aquel ruido.

—Es un iceberg —anunció el Sapo innecesariamente—. ¿Qué...?

Era la primera vez desde las erupciones solares que Mark veía una de aquellas enormes aeronaves y le causó una gran impresión. No se le ocurría ningún motivo por el que un iceberg —uno que hubiera sobrevivido al desastre— tuviera que atravesar volando las montañas. Pero allí estaba: grande, reluciente y redondo, con los

propulsores azules ardiendo con fuerza al bajar hacia el centro del poblado.

—¿Qué está haciendo aquí? —preguntó Trina al tiempo que el pequeño grupo corría por los atestados callejones del pueblo hasta el iceberg—. Siempre dejan las provisiones en los asentamientos más grandes, como Asheville.

—Quizá... —dijo Niebla—. Quizá vayan a rescatarnos o algo parecido. O a llevarnos a otra parte.

—Ni de coña —se burló Darnell—. Lo habrían hecho hace mucho tiempo.

Mark no dijo nada y continuó corriendo detrás del grupo, todavía sorprendido por la repentina aparición del iceberg. Los otros seguían refiriéndose a unos misteriosos «ellos», aunque ninguno sabía quiénes eran. Se oían indicios y rumores de que se estaba organizando una especie de gobierno central, pero no había noticias fiables. Y, desde luego, nada que se aproximara a un contacto oficial. Era cierto que habían llevado provisiones y comida a los campamentos alrededor de Asheville, y la gente de allí solía compartirlos con los poblados más recónditos.

El iceberg se detuvo más adelante, ahora con los propulsores azules apuntando hacia abajo mientras se sostenía en el aire unos quince metros por encima de la plaza del pueblo, una zona cuadrangular que habían dejado libre cuando construyeron el asentamiento. El grupo aceleró el paso y llegó a la plaza para encontrarse con que allí ya se

había reunido una multitud. La gente miraba boquiabierta la máquina voladora, como si fuera una bestia mítica. Con su estruendo y el deslumbrante despliegue de luz azul, casi lo parecía; sobre todo después de tanto tiempo sin ver ninguna señal de tecnología avanzada.

La mayor parte se había reunido en el centro de la plaza, con caras de expectación y entusiasmo, como si todos hubieran llegado a la misma conclusión que Niebla, que el iceberg estaba allí para rescatarlos o que, al menos, traía buenas noticias. Mark, en cambio, no se fiaba. Tras los acontecimientos del año anterior, había aprendido la lección muchas veces y ya no se hacía ilusiones.

Trina le tiró de la manga y luego se inclinó hacia él para hablarle:

—¿Qué está haciendo? Aquí no hay espacio suficiente para aterrizar.

—No lo sé. No hay marcas ni nada que indique de quién es este iceberg o de dónde viene.

Alec estaba cerca y les oyó hablar por encima del gruñido abrasador de los propulsores, probablemente gracias a la superpotencia de su oído de soldado.

—Dicen que los que lanzan provisiones llevan «CPES» pintado en grandes letras en el lateral. Coalición Post-Erupciones Solares —estaba prácticamente gritando—. Me parece extraño que este no tenga nada.

Mark le respondió encogiéndose de hombros, sin estar seguro de si la información de Alec significaba realmente algo. Se dio cuen-

ta de que se sentía aturdido. Volvió a mirar arriba y se preguntó qué habría dentro de la nave y cuál sería su intención. Trina le apretó la mano y él apretó la de ella. Ambas estaban sudando.

—A lo mejor está Dios dentro —dijo el Sapo con la voz chillona que le caracterizaba cuando gritaba—, que ha venido para disculparse por todo el rollo ese de las erupciones solares.

Por el rabillo del ojo, Mark vio a Darnell inspirando, con la boca abierta, seguramente para decirle algo ingenioso y divertido. Pero la acción se interrumpió por un fuerte sonido desgarrador, proveniente de lo alto, seguido del crujido y chirrido del hidráulico. Mark observó fascinado cómo una gran escotilla cuadrada empezaba a abrirse en la parte inferior del iceberg, girando sobre las bisagras para bajar como una rampa. Dentro estaba oscuro y, conforme el hueco se hacía más amplio, salían en remolinos pequeñas volutas de vaho.

Gritos ahogados y chillidos se propagaron por la multitud; las manos se alzaban y los dedos señalaban hacia arriba. Mark apartó la vista del iceberg unos instantes para asimilar lo que estaba sucediendo, atónito por la sensación de sobrecogimiento que le rodeaba. Se habían convertido en gente muy desesperada y vivían todos los días con la carga de que el siguiente pudiera ser el último. Y allí estaban, mirando al cielo como si la broma del Sapo hubiera sido algo más. En muchos ojos percibió un vivo deseo, como si de verdad creyeran que un poder divino iba a salvarles. Aquello le puso de los nervios.

Se oyó una nueva oleada de gritos ahogados en la plaza y Mark volvió a echar la cabeza atrás para mirar hacia arriba. Entre la oscuridad del iceberg aparecieron cinco personas vestidas con unos trajes que le enviaron escalofríos a la médula espinal: monos verdes, gruesos y de goma, que cubrían a los desconocidos de arriba abajo. Llevaban unas viseras transparentes unidas a un dispositivo de la cabeza, pero el reflejo y la distancia no le permitían distinguir sus rostros. Caminaron cuidadosamente con unas grandes botas negras sobre el material verde hasta que los cinco se alinearon en el borde exterior de la escotilla que había bajado. A juzgar por la tensión que mostraban sus cuerpos, les costaba mantener el equilibrio.

Cada uno de ellos aferraba un tubo negro como si fuera una pistola.

Pero los tubos no se parecían a ningún arma que Mark hubiera visto. Eran estrechos y largos, con un accesorio en el extremo que les otorgaba el aspecto de cañerías arrancadas de una bomba industrial. Y en cuanto los desconocidos tomaron posiciones, cogieron las cosas en forma de tubo y apuntaron directamente a las personas de abajo.

Mark advirtió que Alec estaba gritando a pleno pulmón, empujando a la gente para que se apartara. A su alrededor había estallado el caos por los gritos y el pánico, aunque Mark había entrado en trance y observaba a los desconocidos con sus extraños trajes y armas amenazadoras al tiempo que los demás asimilaban que aquellas personas no habían ido allí para salvar a nadie. ¿Qué le había pasado a

él, que solía reaccionar rápido? ¿A él, que había sobrevivido a un año infernal después de que las erupciones solares arrasaran la tierra?

Estaba todavía paralizado, observando, cuando dispararon por primera vez desde arriba. Un movimiento borroso, un atisbo de algo negro, pequeño y rápido que salía ardiendo desde uno de aquellos tubos. Los ojos de Mark siguieron la trayectoria. Oyó un horrible sonido y giró la cabeza a un lado justo a tiempo de ver que Darnell tenía un dardo de unos trece centímetros de largo clavado en el hombro, con el asta metálica hundida profundamente en el músculo. De la herida goteaba sangre. El chico emitió un gruñido extraño cuando cayó al suelo.

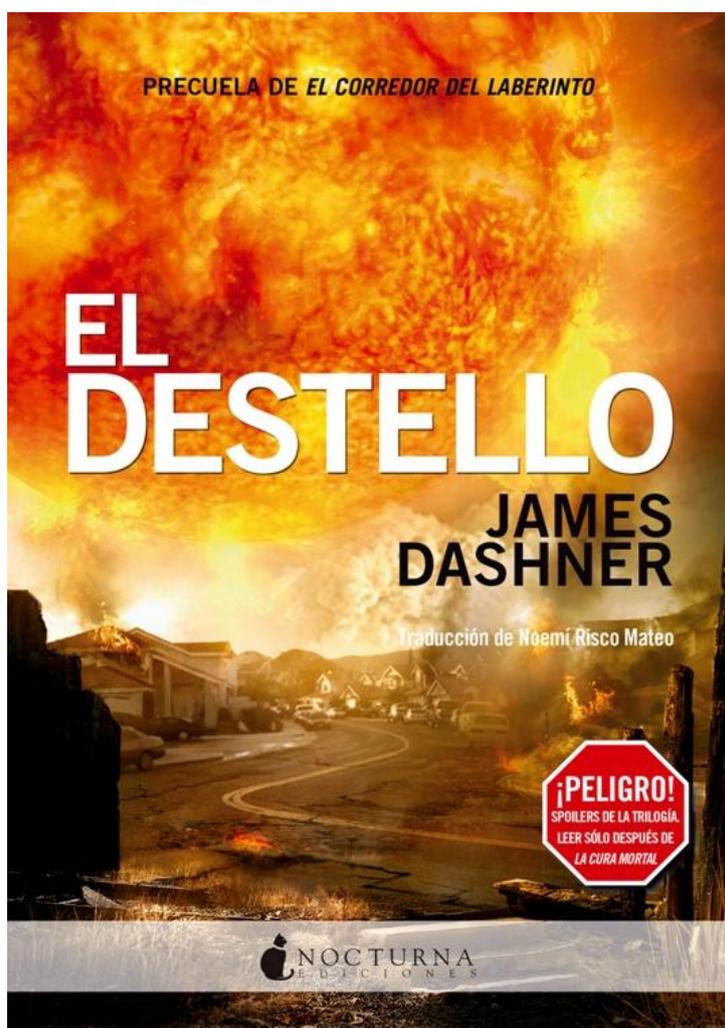
Eso fue lo que finalmente hizo reaccionar a Mark.

SIGUE LEYENDO

A la venta: **17-11-2014**

EL DESTELLO

James Dashner



ISBN: 978-84-942862-1-6. **PVP:** 17,00 €

 **NOCTURNA**
EDICIONES

www.nocturnaediciones.com

Distribución en España: UDL Libros (www.udllibros.com)